

CAPITULO XIII.

GOBIERNO DE DON ESTEBAN DE AZCÁRRAGA (1).

SUMARIO.

Es recibido en Mérida como Gobernador.—Perfiles de este personaje.—Se encuentra en Mérida con don Diego Ordóñez de Vera y Villaquirán, Adelantado del Reino del Próspero.—Este solicita el apoyo del Gobernador y del Provincial de los franciscanos para la conquista de su adelantamiento.—Se le permite reclutar gente en la Provincia.—Salen dos religiosos franciscanos para iniciar una misión religiosa en el territorio de dicho adelantamiento.—Peripecias de su viaje hasta llegar á Nohhá de los Lacandones.—El teniente del general Ordóñez, Juan de Bilbao, hace á los misioneros una oposición solapada al principio, y después abierta.—Los religiosos consiguen desembarazarse de Bilbao con auxilio de los indios.—El general Ordóñez nombra nuevo teniente suyo con el título de cabo, y se dirige á Nohhá en compañía de Fray Bartolomé de Gabaldá.—El nuevo teniente sigue las huellas de Bilbao en sus vejaciones á los indios, y hace fracasar la misión.—El general Ordóñez sale de Mérida y se detiene en Usumasintla.—Se le desertan sus soldados.—Después de grandes dilaciones se resuelve á marchar á Nohhá.—Su falta de tacto con los indios hace que éstos se rebelen y le obliguen á salir huyendo hasta Petenecté, en donde fallece.—Medidas del Gobernador Azcárraga para preparar la defensa de Yucatán contra los piratas.—Restablece la concordia entre sus gobernados.—Fomenta las mejoras materiales.—Sus disgustos con el Tesorero y con Fray Marcos Ramírez, Obispo de Michoacán, visitador de la renta de la Santa Cruzada.—Aparición de la fiebre amarilla en Campeche.—Cunde en toda la Provincia, y hace grandes estragos.—Se acuerda traer á Mérida la imagen de Nuestra Señora de Izamal para rendirle solemnes cultos.—El Ayuntamiento de Mérida elige á la Virgen María por Patrona y Abogada de la ciudad contra la peste.—Voto solemne del cabildo eclesiástico y del secular de celebrar perpetuamente la fiesta de la Asunción el 15 de Agosto de cada año.—Muere de la fiebre amarilla don

(1) *Tabla Díptica citada.—Apuntes inéditos citados.—Cogolludo, tomo II, página 510 y siguientes, hasta 579.—Museo Yucateco, tomo I, página 145.—Villagutierre Soto Mayor, Historia de la Conquista de la Provincia de el Itzá, pág. 165.*

Esteban de Azcárraga, y es sepultado con la mayor sencillez y silencio.—Todo el año de 1648 sombrío y nefasto en Yucatán.—El Obispo de Yucatán nombrado Virrey de Nueva España.



L 4 de Diciembre de 1645 fué, como dijimos, recibido en Mérida de Gobernador, el Maestre de Campo don Esteban de Azcárraga, hombre recto, justiciero y muy práctico en la disciplina militar, á quien dieron el Gobierno de Yucatán en premio de sus muchos méritos y servicios, aunque él hubiera preferido un mando exclusivamente militar ó un retiro decente y honroso; sin embargo, esclavo del deber, supo cumplirlo exactamente hasta con el sacrificio de su propia vida.

Al llegar á Mérida se encontró con don Diego Ordóñez de Vera y Villaquirán, natural de Toledo, que, con título de Adelantado del Reino del Próspero, había capitulado con el rey Felipe III la conquista de todas las tierras comprendidas entre Yucatán y Guatemala, y que había venido de Chiapas á Yucatán en busca de ayuda para su empresa. Este general, á lo que parece, gustaba más de hacer proyectos que de andar en combates; y quería vivir en la comodidad de las ciudades más que gastar sus energías en cruzar riesgos, bosques y desconocidos ríos: viniendo de España con su familia, prefirió servir el puesto de Alcalde Mayor de Ciudad-Real en Chiapas, pensando que desde allí con toda conveniencia, á gusto y con descanso, llevaría á cabo la conquista proyectada; mas, aunque gastó tiempo y

dinero, sólo pudo conseguir fundar una población de indios denominada Nohhá, en donde colocó de teniente suyo á un mestizo llamado Juan de Bilbao, quien más se propuso especular en provecho de sus propios intereses, que dar cima á los grandes proyectos de su principal.

Pobre y abatido el general Ordóñez de Vera, vino á Yucatán en 1645 solicitando el apoyo de las autoridades civiles y eclesiásticas de la colonia, que por cierto no le faltó: el Provincial de los franciscanos y el Gobernador le prometieron cuanta ayuda les fuese posible dar: con tan buen acogimiento, publicó el general la capitulación, dió empleos militares, y enarboló banderas para reclutar gente voluntaria que se alistase para la jornada. Sin perjuicio de estas preveniciones militares, el general Ordóñez de Vera solicitó religiosos franciscanos que anticipadamente fuesen á las regiones que debían someterse á su gobierno, á fin de que con sus predicaciones evitasen la efusión de sangre; y, aunque muchos respetables religiosos se ofrecieron con gusto á desempeñar esta misión, fueron elegidos para ella Fr. Hermenegildo Infante, natural de Granada, y Fr. Simón de Villasís, natural de Mérida de Yucatán, muy perito en lengua maya, y conocido por su caridad y celo en instruir y civilizar á los indios.

En Febrero de 1646 salieron estos religiosos del puerto de Campeche, sin haberles dado otro auxilio el General Ordóñez, que una carta de recomendación para el cacique de Nohhá y

otra para Juan de Bilbao. Embarcados en una canoa, con escasos bastimentos, empezaron á sufrir desde el primer día del viaje, pues un viento recio del Norte, que se levantó, amenazó hacerlos zozobrar; y en efecto se hubieran ahogado si el capitán de una fragata, que salía para la Nueva-España, no les hubiese oportunamente socorrido enviándoles un bote que los recogió y desembarcó en Lerma, una legua de Campeche. Al siguiente día se volvieron á embarcar, y los volvió á maltratar otro Norte, sin que por esto perdiesen ánimo, hasta que entraron á la Laguna de Términos, llamada entonces por algunos Lago Triste: siguieron luego por el río de Palizada, sirviendo á veces los mismos misioneros por turno los remos, hasta que llegaron, después de veinte y cuatro días de viaje, á Usumasintla, en donde encontraron al General Ordóñez de Vera, que por la vía de Tabasco se había adelantado con solos dos criados y su mujer doña Angela, pues sus oficiales se habían quedado en Mérida á concluir el reclutamiento de soldados: recibiólos con mucho contento, aunque no les pudo dar auxilio alguno, pues estaba tan destituído de recursos como provisto de buenas palabras, y ni aun se atrevió á acompañarlos á Nohhá, sino prefirió quedarse tranquilo en Usumasintla, mientras los misioneros, el 3 de Abril del mismo año, se dirigieron á Tenozique en compañía del Cura Juan Velázquez de Arizmendi que quiso llevarlos hasta el lindero de su curato. Para los misioneros todo fué contratiempo, á causa de que Bilbao se había pro-

puesto intimidarlos á fin de que desistiesen de su propósito, no conviniéndole que los indios fuesen civilizados y sacados de la dominación en que los tenía para explotarlos mejor, pues no veía más que el negocio, y para su éxito no paraba ni aun en fomentar la idolatría y poner tropiezos en la predicación del cristianismo.

Con el objeto de no fracasar en su depravado intento, Juan de Bilbao se envolvió en los pliegues de la más refinada hipocresía, y al mismo tiempo que aparentaba la más fiel amistad á los religiosos, bajo de cuerda aleccionaba á los indios para que les cercenasen bastimentos y los llevasen por los caminos más ásperos é intransitables. Hicieron el trayecto de Tenozique á Nohhá sin más bastimento que un poco de pescado seco; y, pudiendo ir por donde había muchas lagunas, sus guías los condujeron por donde no había agua, y así estuvieron fatigadísimos con el caminar á pié, el gran calor del sol y la falta de agua con qué apagar la sed: de noche dormían á la intemperie hasta que llegaron á un ranchillo cerca de una aguada en donde encontraron algún refrigerio; de allí pasaron á otro pequeño rancho, donde estaba Bilbao aguardándolos, y al saludarlos les preguntó si estaban aburridos de la vida pues tan decididos venían á establecerse entre indios tan malos y que ni siquiera podían sustentarlos por estar asolada la tierra de hambre; pero los religiosos no se entibieron en su celo, y continuaron al día siguiente su camino entre cerradas arboledas de cacao,

pucuz, copal y entre la fragancia del bálsamo y la olorosa vainilla.

Al fin llegaron á Nohhá, y á pesar de las tretas de Bilbao, no pudieron los indios disfrazar su alborozo: salieron á recibirlos con ramos de flores, los abrazaron, y oyeron con evidente atención la breve plática de Fr. Simón de Villasís, explicándoles el objeto de su venida, y citándolos para el día siguiente en que acudieron también muy contentos; mas luego se fueron dando cuenta los religiosos de que poco á poco se iban desviando de ellos, y era que Bilbao les persuadía ocultamente que los misioneros habían venido para engañarlos con dulces palabras y después reducirlos á la más onerosa esclavitud. Afortunadamente, Bilbao, como no pocas veces sucede á los malvados, se vió cogido en sus propias redes, porque un día, sin motivo, mandó aprisionar á un indio y le condenó á ser ahorcado, y sigilosamente hacía correr la voz de que esto se hacía por mandato de los religiosos: puesto ya en la cárcel y preparada la horca, mandó llamar á Fr. Simón de Villasís para que le ayudase á bien morir, y habiendo ido el religioso á la cárcel, persuadido de la inocencia de aquel hombre, se convirtió en defensor suyo, y acompañado de Fr. Hermenegildo Infante y de otro español que accidentalmente estaba en el pueblo, se constituyeron públicamente en casa de Bilbao, y le pidieron y consiguieron la gracia del condenado, con lo cual los indios comprendieron la falsedad de los rumores que habían corrido.

Aprovecharon los religiosos la partida del español para escribir al General Ordóñez lo que pasaba; pero tardando la respuesta de éste, quiso Bilbao colmar sus maldades sacando á los religiosos maniatados del pueblo, aprovechando para ésto la alianza que tenía con un indio sacerdote de ídolos y otros paniaguados suyos; mas sucedióle lo contrario de lo que esperaba, pues los religiosos tenían también amigos, y cuando Bilbao apellidó á sus secuaces para ejecutar su determinación, acudieron también en mayor número, y sobreponiéndose, prendieron á Bilbao y lo metieron á la cárcel, de donde á duras penas acertó á escaparse huyendo hacia Chiapas.

Con la prisión y fuga de Bilbao cesó el malestar é inquietud del vecindario de Nohhá, y los misioneros pudieron continuar sosegadamente su lento trabajo de evangelización, siempre por su sola cuenta, porque el General Ordóñez de Vera se contentaba con escribirles cartas muy historiadadas y con crearles inconscientemente nuevos tropiezos, como se vió con el español conductor de la carta, quien, listo y avisado en sus negocios, supo ganarse la confianza de Ordóñez en Campeche, para constituirse en digno sustituto de Bilbao; y con ocasión de que debía ir á Nohhá Fr. Bartolomé de Gabaldá, consiguió que Ordóñez le diese título de Cabo y le permitiese acompañar al religioso y constituirse allí representante suyo. Por supuesto, engañó al General, pues ni llevó los soldados que ofreció, y antes al con-

trario, con pretexto del reclutamiento de ellos, apenas llegado á Nohhá, no hizo sino ocuparse de su negocio imponiendo á cada indio la contribución de un jiquipil de cacao, y seis libras de cera, á lo cual los indios resistieron, y, encarándose con los religiosos, les echaban la culpa de tamaña vejación, pues veían que un antiguo amigo suyo les trataba con la misma desconsideración que Bilbao: los religiosos corren presurosos á interponer sus ruegos ante el cabo, y éste no sólo desoye sus exhortaciones y súplicas, sino que los veja y maltrata é insiste en exigir los onerosos tributos: escriben los misioneros al General Ordóñez, sale el mismo Fr. Simón de Villasís á personarse con él y pedirle pronto remedio; pero como si un hado fatal persiguiese la obra, Fr. Simón se enferma en el camino, y habiendo salido por principios de Octubre de 1646, no llega á Mérida sino en Diciembre, y el General Ordóñez de Vera, aunque salió á principios de 1647 con alguna gente que había reunido, en vez de ir derechamente á Nohhá, se detuvo en Usumasintla, pretextando la necesidad de aguardar el resto de gente que se estaba alistando: esta detención acabó de perderlo todo, porque corrió la noticia entre los lacandones de que se preparaba una expedición militar contra ellos, y los de Nohhá, desconcertados y temerosos, desterraron á los religiosos violentamente, abandonaron su pueblo, y se desparramaron por los bosques circunvecinos. Además, con la injustificada detención en Usumasintla, cundió la deserción entre los

soldados de Ordóñez hasta el punto de no quedarle sino sólo cinco hombres.

Cuando en Julio de 1647 el General Ordóñez de Vera tuvo la noticia del lanzamiento de los vecinos de Nohhá, recibió también la visita del cacique y otros cuatro indios de este pueblo que permanecieron fieles, y entonces fué cuando se resolvió á marchar á Nohhá, aunque acompañado solamente de sus cinco soldados, del cacique é indios fieles; contraste lastimoso en verdad, pues luego de haberse esparcido la noticia de que una gran expedición militar iba á entrar en la tierra de los lacandones, por fin de cuentas no entró siquiera una compañía, con lo cual llegó á su colmo el desprestigio del Adelantado del Próspero: el 31 de Julio del mismo año entró éste en Nohhá, y á pocos días cayó enfermo; mas recuperada la salud, se encontró con extremada escasez de bastimentos, y con el pensamiento de proporcionárselos con la urgencia que el caso demandaba, apretó tanto al cacique que llegó á amenazarle con pena de horca si no le suministraba alimentos suficientes: tal imprudencia indignó á los pocos indios fieles, quienes enfurecidos se rebelaron, incendiaron el pueblo, y obligaron á Ordóñez á salir huyendo y dejando hasta su ropa en poder de los rebeldes, y con amargas penas pudo alcanzar el pueblo de Petenecté, distante veinte y dos leguas de Usumasintla, en completo desbarato, y enfermo. Allí murió en el mes de Abril de 1648, y con su muerte fracasó la conquista del decantado reino del Próspero, pues

aunque en su testamento cedió todos sus derechos á don Esteban de Azcárraga, éste tampoco pudo hacerlos valer porque también la muerte se lo impidió.

Según hemos visto, el señor Azcárraga no se limitó á gastar palabras de amistad con Ordóñez de Vera, pues que le ayudó con una pequeña fuerza militar; si no le proporcionó recursos monetarios, era que los tenía escasos para las necesidades de la colonia; y, si no le dió algo de la fuerza miliciana, era que no podía distraerla de la defensa contra los piratas, en la cual puso el mayor ahinco. Procuró el estricto cumplimiento de la disciplina militar, elevó á ocho las compañías de infantería de la ciudad de Mérida, hasta formar un tercio en recuerdo de los afamados tercios españoles que llenaron el mundo con su reputación; adiestró á los indios á hacer cuerpo de guardia, y avivó por todas partes el espíritu militar con frecuentes listas, revistas, alardes y simulacros.

Consiguió este gobernante restablecer la concordia entre sus gobernados, y se mostró siempre religioso, honrado y recto: á falta de prensa, le gustaba mucho que en los sermones los predicadores, con amplia libertad, criticasen todos los actos contrarios al bien público y sugiriesen discretamente su remedio, facultad de que los predicadores usaban con amplitud á veces extremada, convirtiendo la cátedra sagrada en tribuna popular cuyos dictados eran temidos y escuchados con especial consideración por los gobernantes.

Azcárraga se distinguió por su respeto al clero, su caridad con los pobres, y su benéfica protección á las religiosas concepcionistas, á quienes fabricó sobre la capilla mayor de su iglesia un mirador desde el cual pudiesen recrearse con la amena vista de las verdes campiñas que circuían á Mérida: amigo de mejoras materiales, hermoseó el Palacio de Gobierno con extensas galerías de mampostería por todo el lado que mira á la plaza mayor, y estos frescos y ventilados corredores sustituyeron la rústica enramada que afeaba el frontispicio de la morada del primer magistrado político de la colonia.

Tuvo, sin embargo, Azcárraga, sus disgustos con los oficiales de la Tesorería y con Fr. Marcos Ramírez, Obispo de Michoacán, que accidentalmente vino á la Península: las diferencias con el Tesorero y Contador provinieron de la diversidad de pareceres, con motivo de la concesión de pensiones; y el conflicto con el Obispo de Michoacán dimanó de que éste llegó á Mérida á principios de 1647, en calidad de Comisario general de Cruzada, á visitar la recaudación de esta contribución destinada al principio á sufragar los gastos de las guerras contra los infieles, y que después fué concedida al erario real. Al concluir su visita impuso varias multas, y como algunos de los multados rehusaron pagar, procedió contra ellos con censuras, y mandó fijar sus nombres como públicos excomulgados en tablillas en las puertas de Catedral: los excomulgados acudieron al Gobernador quejándose de exceso del

Obispo en su comisión; y el Gobernador, con parecer de su Asesor el Lic. don Juan de Aguilera, declaró que en efecto el Obispo se había excedido en su comisión, y mandó quitar de las tablillas, por medio de un alguacil y un escribano, los nombres de los excomulgados. El Obispo proveyó que, á pesar de lo dispuesto por el Gobernador, los excomulgados no fuesen admitidos á los oficios divinos; mas al fin el Obispo, por conservar la paz, y acatando la opinión pública que hizo algunas demostraciones significativas en favor del Gobernador, acabó por desistir de su empeño, y se limitó á comunicar el hecho al Consejo de Indias, quien, por cédula de 10 de Junio de 1648, dirigió al Gobernador algunas amonestaciones para que en lo sucesivo se abstuviese de entorpecer la inmunidad y jurisdicción eclesiásticas.

En 1648 la ciudad de Mérida y toda la provincia de Yucatán fueron assoladas por la fiebre amarilla que tomó carácter epidémico y que continuó hasta 1650. Pasada en Febrero de aquel año la estación de los nortes, se estableció una seca tan rigurosa que esterilizó la tierra, y produjo los calores más intensos, acrecentados con la quema de los campos para preparar las sementeras: seca y calores comunes en Yucatán en la Primavera y en el Verano, pero que en 1648 fueron extraordinarios, porque iniciados desde el mes de Febrero, fueron aumentando más y más con la completa carencia de lluvia, que se prolongó hasta el mes de Agosto, poniendo á todos los habitantes del país en la mayor ansie-